

Al empresario no le hace falta demostrar estatus ni apariencia que no corresponda con la verdad, que fundamenta su trabajo y esfuerzo diario.

Empresarios verdaderos frente a comisionistas



Antonio Barderas Nieto

A pesar de la muy compleja coyuntura económica en la que estamos y de la necesidad, cada vez más grande, que existe de fomentar el espíritu empresarial en nuestro país, la mayor parte de los medios siguen con la descalificación demasiado generalizada del empresario, tergiversando, con mejor o peor intención, su naturaleza y su valor para nuestra sociedad.

En esta ocasión, la causa, o mejor dicho el pretexto, ha sido la adquisición por el Ayuntamiento de Madrid de mascarillas y otro material sanitario en los momentos más dramáticos de la pandemia. Este potencial escándalo está siendo utilizado para desacreditar no al clientelismo creado por la clase política o las administraciones, sino a los empresarios, sin que importe mucho si quienes han participado en ese “aquejarre” son verdaderos empresarios, que crean con su esfuerzo y en condiciones bastante difíciles empleo y riqueza, o si son sólo advenedizos que aprovechan coyunturas excepcionales para “pillar” con especial inmundicia, aprovechando ventajista e indeciblemente urgentes situaciones de necesidad de instituciones y ciudadanos.

¿Qué tienen que ver esos señoritos comisionistas con los verdaderos empresarios de una sociedad avanzada? Propiamente nada, porque el empresario de verdad crea valor y valores esenciales para la sociedad. Es decir, riqueza y empleo a lo largo de décadas, no comisiones en cuestión de minutos. Una empresa cumple importantísimas e imprescindibles

funciones sociales. La primera, crear puestos de trabajo que aporten bienestar material a ciudadanos y familias, porque, como conviene repetir siempre, los puestos de trabajo no los crean ni el Gobierno ni los sindicatos, a pesar de que a ambos se les llene la boca repitiendo que por su aportación y consensos se crean miles y miles de puestos de trabajo. ¿De verdad los crean ellos? En segundo lugar, la empresa es el espacio social en el que las personas se desarrollan profesionalmente, haciéndose socialmente valiosos y consiguiendo mérito y respetabilidad. Es el empresario el que, con su emprendimiento y riesgo, crea las circunstancias necesarias para que los ciudadanos encuentren posibilidad de desarrollar sus habilidades y talentos. Con otras palabras, les ofrece la libertad de ser lo que libremente quieran ser, eligiendo la forma profesional que deseen dar a sus vidas. Empresa y libertad son categorías intrínsecamente relacionadas: no hay empresas sin libertad, y no hay libertad sin empresas. Y, en tercer lugar, las empresas son fuente especialmente importante de progreso y riqueza: aportan al Estado mediante impuestos y contribuciones el dinero necesario para que funcione y sustentan así en gran medida la sociedad de bienestar y la Seguridad Social. El Estado no genera dinero, gasta, o incluso despilfarra, lo que ciudadanos y empresas le aportan.

El empresario de verdad es la antítesis del enriquecimiento ‘fácil’, del éxito hueco o el lucimiento vacío

¿Qué tienen que ver esos señoritos comisionistas con los verdaderos empresarios de una sociedad avanzada? Propiamente nada, porque el empresario de verdad crea valor y valores esenciales para la sociedad. Es decir, riqueza y empleo a lo largo de décadas, no comisiones en cuestión de minutos. Una empresa cumple importantísimas e imprescindibles

Avance imposible

Hay muchas razones para pensar que, sin la empresa y los empresarios, todo ese avance y transformación se vuelve, antes o después, im-



posible. Porque empresas y empresarios, con su fuerza para crearse y destruirse, aportan a las sociedades la vitalidad necesaria, produciendo un efecto multiplicador: aritmética imposible cuando el multiplicador es uno y único: el Estado. Porque entonces ocurre lo que ya se ha visto muchas veces en la historia: la inercia y la repetición mortal. Hay razones suficientes para suponer que, en el futuro y pese a lo que difundan malintencionadamente algunos, la empresa seguirá siendo una institución imprescindible, y por eso hay que cuidarla, apoyarla, protegerla y fomentarla, en vez de perseguirla, desacreditarla o injuriarla, como hacen muchos medios, o por imposibles que parasitan a la sociedad.

Es una ideología muy determinada y la hispana envidia la que subyace tras el gusto desenfadado de al-

gunos en la confusión interesada para el descrédito de quienes hacen empresa, equiparando a éstos con comisionistas a quienes, en general, con base en su condición social y contactos, no les interesa el emprendimiento, ni la función social de las empresas, sino única y exclusivamente hacer dinero fácil. Sin saber que, como dijo el gran sociólogo Georg Simmel, contemporáneo de Max Weber, el “dinero es compendio de todas las cosas”. Evidentemente, el empresario busca legítimamente el beneficio como fruto de su esfuerzo y asunción de riesgos, entre otras razones porque lo necesita para seguir creciendo, ampliar su negocio, innovar y ofrecer mejores servicios cada día. El empresario de verdad es la antítesis del enriquecimiento “fácil”, del éxito hueco o del lucimiento vacío. Al empresario no le hace falta demostrar estatus ni apariencia que no tenga correspondencia con la realidad, que es lo que fundamenta su trabajo y esfuerzo

diario. Así que, contra todo lo que se dice, no son figuras similares, sino contrapuestas: uno es un fatuo social, el otro es creador de realidades.

A propósito de los últimos acontecimientos, estaría bien que el Ayuntamiento de Madrid explicase con transparencia la ayuda desinteresada y altruista que las verdaderas empresas y los verdaderos empresarios prestaron en silencio y sin demandar nada a la ciudad y a los ciudadanos en los momentos más dramáticos de la pandemia. Así quedaría meridianamente clara la diferencia que existe entre unos y otros. La Asociación Madrileña de la Empresa Familiar sabe lo que hizo en cumplimiento de su deber en aquellos días tan aciagos y tan trágicos, y no puede permitir que se hagan generalizaciones no sólo injustificadas, sino también injuriosas, que además pisotean los valores empresariales más elementales y sagrados.

Director de la Asociación Madrileña de la Empresa Familiar (AMEF)

Expansión

DIRECTORA ANA I. PEREDA

DIRECTORES ADJUNTOS: Manuel del Pozo, Iñaki Garay

Subdirector: Pedro Biurrún. **Desarrollo digital:** Amparo Polo. **Corresponsal económico:** Roberto Casado. **Redactores jefes:** Mayte A. Ayuso, Juan José Garrido, Tino Fernández, Javier Montalvo, Emelia Viaña, Clara Ruiz de Gauna, Estela S. Mazo, José Orihuel (Cataluña) y Miguel Ángel Patiño

Empresas Iñaki de las Heras / Finanzas/Mercados Laura García / Economía Juan José Marcos / Opinión Ricardo T. Lucas / Directivos Nerea Serrano Bruselas Francisco Rodríguez Checa / Nueva York Sergio Saiz / Comunidad Valenciana Julia Brines / Cataluña Artur Zanón / Diseño César Galera / Edición Elena Secanella

Director de Negocio: Luis Fontán



EDITORA

Unidad Editorial Información Económica, S.L.U.
Avenida de San Luis 25 de Madrid (28033)
Teléfono de contacto: 91 443 50 00

ADMINISTRADORES

Stefania Bedogni
Nicola Speroni

COMERCIALIZACIÓN DE PUBLICIDAD

Unidad Editorial, S.A.

DIRECTOR GENERAL DE PUBLICIDAD

Sergio Cobos

IMPRESA: BERMONT IMPRESIÓN, S.L. Tel. 91 670 71 50. Fax 91 327 18 93.

DIFUSIÓN CONTROLADA POR



Depósito Legal M-15572-1986 ISSN 1576-3323

Madrid 2022. © Todos los derechos reservados. Precio: 2€. Sábados 2,50€